



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXVI

DESDE el día en que presidió el entierro de don Santos Barinaga, don Pompeyo no volvió a tener hora buena, de salud completa. Los escalofríos que le hicieron temblar en el cementerio y se repitieron, cada vez más fuertes, durante la enfermedad que siguió a la gran mojadura, volvían de cuando en cuando. Guimarán estaba triste sin cesar; aquel sol de Justicia que adoraba, tenía sus eclipses y el espectáculo de la maldad ambiente desanimaba al buen ateo hasta el punto de hacerle dudar del progreso definitivo de la Humanidad. «Laurent decía bien, estábamos nosotros mucho más adelantados que los bárbaros. ¡Pero había cada pillo todavía! ¿Y la amistad? La amistad era cosa perdida. Paquito Vegallana, Alvaro Mesía, Joaquinito Orgaz, el respetable, ó al parecer respetable señor Foja, que se decían tan ami-

gos suyos, le habían engañado como á un chino; se habían burlado de él. Eran unos libertinos que renegaban en sus comilonas de la religión positiva para seducirle á él y librarse del miedo del infierno. Don Pompeyo rompió bruscamente sus relaciones con todos aquellos «espíritus frívolos» y no volvió á poner los piés en el Casino. Tomó esta resolución el día de Navidad, cuando supo que por Vetusta se corría que él, don Pompeyo Guimarán, el hombre que más respetaba todos los cultos, sin creer en ninguno, había profanado la catedral oyendo borracho la Misa del gallo. Se llegó á decir que había llevado al templo, debajo de la capa, una botella de anís del mono... «¡Del mono!... él... don Pompeyo!...» No volvió al Casino. «Aquellos infames que le habían embriagado ó poco menos, obligándole después á penetrar en el templo, eran muy capaces de haber inventado en seguida la calumnia con que querían perderle. ¿Qué autoridad iba á tener en adelante aquel ateísmo que se emborrachaba para celebrar las fiestas del cristianismo, y que asistía á los santos oficios á blasfemar y hacer eses por las respetables naves de la basílica?»

«¡Bastante tenía él sobre su alma con el entierro civil de Barinaga y la consiguiente ojeriza que gran parte del pueblo había tomado al señor Magistral!»

«No, no quería más luchas religiosas. Ya iba siendo viejo para tamañas empresas. Mejor era callar; vivir en paz con todos.» La muerte de Barinaga le hacía temblar al recordarla. «¡Morir como un perro! Y yo que tengo mujer y cuatro hijas!»

Se hizo misántropo. Siempre salía solo, al oscurecer, y volvía pronto á casa.

Una noche le llamó la atención un ruido de colmena que venía de la parte de la catedral. Oyó cohetes. ¿Qué era aquello? La torre estaba iluminada con vasos y faroles á la veneciana. Á sus piés, en el atrio estrecho

y corto, de resbaladizo pavimento de piedra, cerrado por verja de hierro tosco y fuerte, se agolpaba una multitud confusa, como un montón de gusanos negros. De aquel fermento humano brotaban, como burbujas, gritos, carcajadas, y un zumbido sordo que parecía el ruido de la marea de un mar lejano.

Don Pompeyo, que daba diente con diente, de frío, con fiebre, se detuvo en lo más alto de la calle de la Rúa para contemplar aquella muchedumbre apiñada á los piés de la torre, en tan estrecho recinto, cuando podía extenderse á sus anchas por toda la plazuela. «Ya sabía lo que era. *Los católicos* celebraban un aniversario religioso. ¿Pero cómo? ¡Oh ludibrio!» Don Pompeyo se acercó al atrio; observó desde fuera. Lo mejor y lo peor de Vetusta estaba allí amontonado; las chalequeras, los armeros, la flor y nata del paseo del boulevard, aquel gran mundo del andrajo, con sus hedores de miseria, se codeaba insolente y vocinglero con la *Vetusta elegante* del Espolón y de los bailes del Casino; y para colmo del escándalo, según don Pompeyo, *so capa* de celebrar una fiesta religiosa la juventud dorada del clero vetustense, todos aquellos «*licenciados de seminario*» como él los llamaba con pésimas intención, paseaban también por allí, apretados, prensados, con sus manteos y todo, en aquel embutido de carne lasciva, á oscuras, casi sin aire que respirar, sin más recreo que el poco honesto de sentir el roce de la especie, el instinto del rebaño, mejor, de la pira!» Y separando los ojos «de aquella podredumbre en fermento, de aquella *gusanera inconsciente*, volvió los Guimarán á lo alto, y miró á la torre que con un punto de luz roja señalaba al cielo... «¡Aquí no hay nada cristiano, pensó, mas que ese montón de piedras!»

Huyó de la catedral, triste, aprensivo, dudando de la Humanidad, de la Justicia, del Progreso... y apretando los dientes para que no chocasen los de arriba

con los de abajo. Entró en su casa... Pidió tila, se acostó... y al verse rodeado de su mujer y de sus hijas que le echaban sobre el cuerpo cuantas mantas había en casa, el ateo empedernido sintió una dulce ternura nerviosa, un calorillo confortante y se dijo: «Al fin, hay una religión, la del hogar.»

A la mañana siguiente despertó a toda la casa a campanillazos. «Se sentía mal. Que llamasen a Somoza.» Somoza dijo que aquello no era nada. Ocho días después propuso a la señora de Guimarán el arduo problema de lo que allí se llamaba «la preparación del enfermo.» «Había que prepararle,» ¿a qué? «Á bien morir.»

De las cuatro hijas de don Pompeyo dos se desmayaron en compañía de su madre al oír la noticia.

Las otras dos, más fuertes, deliberaron. ¿Quién le ponía el cascabel al gato? ¿Quién proponía a su señor padre que recibiera los Sacramentos?

Se lo propuso la hija mayor, Agapita.

—Papá, tú que eres tan bueno, ¿querrías darme un disgusto, dárselo a mamá, sobre todo, que te quiere tanto... y es tan religiosa?...

—No prosigas, Agapita querida—dijo el enfermo con voz meliflua, débil, mimosa.—Ya sé lo que pides. Que confiese. Está bien, hija mía. ¿Cómo ha de ser? Hace días que esperaba este momento. El señor de Somoza es tan angelical que no quería darme un susto; pero yo conocía que esto iba mal. He pensado mucho en vosotras, en la necesidad de complaceros. Sólo os pido una cosa... que venga el señor Magistral. Quiero que me oiga en confesión el señor de Pas; necesito que me oiga, y que me perdone.

Agapita lloró sobre el pecho flaco de su padre. Desde la sala habían oído el diálogo Somoza y la hija menor de Guimarán, Perpetua. Media hora después toda Vestusta sabía el milagro. «¡El Ateo llamaba al Magistral para que le ayudara a bien morir!»

Don Fermín estaba en cama. Su madre echada a los pies del lecho, como un perro, gruñía en cuanto olfateaba la presencia de algún importuno. El Magistral se quejaba de neuralgia; el ruido menor le sonaba a patadas en la cabeza. Doña Paula había prohibido los ruidos, todos los ruidos. Se andaba de puntillas y se procuraba volar.

Teresina creyó que el recado de las señoritas de Guimarán era cosa grave, y merecía la pena de infringir la regla general.

—Están ahí de parte de la señora y señoritas de Guimarán...

—¡De Guimarán!—dijo el Magistral que estaba despierto, aunque tenía los ojos cerrados.

—¡De Guimarán! Tú estás loca...—dijo doña Paula muy bajo.

—Sí, señora, de Guimarán, de don Pompeyo, que se está muriendo y quiere que le vaya a confesar el señorito.

Hijo y madre dieron un salto; doña Paula quedó en pie, don Fermín sentado en su lecho.

Se hizo entrar a la criada de Guimarán y repetir el recado.

La criada lloraba y describía entre suspiros la tristeza de la familia y el consuelo que era ver al señor pedir los Santos Sacramentos.

El Magistral y doña Paula se consultaron con los ojos. Se entendieron.

—¿Te hará daño?

—No. Que voy ahora mismo.

—Salid. Que el señorito está muy enfermo, pero que lo primero es lo primero y que va allá ahora mismo. Quedaron solos hijo y madre.

—¿Será una broma de ese tunante?

—No señora; es un pobre diablo. Tenía que acabar así. Pero yo no sabía que estaba enfermo.

De Pas hablaba mientras se vestía ayudado por su madre, que buscó en el fondo de un baúl la ropa de más abrigo.

—¿Fermo, y si tú te pones malo de veras... es decir, de cuidado?...

—No, no, no. Deje Vd. Esto no admite espera... y mi cabeza sí. Es preciso llegar allá antes que se sepa por ahí... ¿No comprende Vd.?

—Sí, claro; tienes razón.

Callaron.

El Magistral se cogió á la pared y al hombro de su madre para tenerse en pié.

En su despacho se sentó un momento.

—¿Mandaremos por un coche?...

—Sí, es claro; ya debía estar hecho eso. Á Benito, aquí en la esquina...

Entró Teresa.

—Esta carta para el señorito.

Doña Paula la tomó; no conoció la letra del sobre.

Fermín sí; era la de Ana, desfigurada, obra de una mano temblorosa...

—¿De quién es?—preguntó la madre al ver que Fermín palidecía.

—No sé... ya la veré después. Ahora al coche... á ver á Guimarán...

Y se puso de piés, escondió la carta en un bolsillo interior, y se dirigió á la puerta con paso firme.

Doña Paula, aunque sospechaba, no sabía qué, no se atrevió esta vez á insistir. Le daba lástima de aquel hijo que enfermo, triste, tal vez desesperado, iba por ella á continuar la historia de su grandeza, de sus ganancias; iba á rescatar el crédito perdido buscando un milagro de los más sonados, de los más eficaces y provechosos, un milagro de conversión. «Era un héroe.» «¡Cuánto había padecido durante aquella cuaresma!» Ella, doña Paula, había acabado por adivinar que su

hijo y la Regenta no se veían ya; habían reñido por lo visto. Al principio el egoísmo de la madre triunfó y se alegró de aquel rompimiento que suponía. Conoció que su hijo no se humillaría jamás á pedir una reconciliación, que antes moriría desesperado, como un perro, allí, en aquel lecho donde había caído al cabo, después de pasear la cólera comprimida por toda Vestusta y sus alrededores, de día y de noche. Pero la desesperación taciturna de su Fermo, complicada con una enfermedad misteriosa, de mal aspecto, que podía parar en locura, asustó á la madre que adoraba á su modo al hijo; y noche hubo en que, mientras velaba el dolor de su Fermo pensó en mil absurdos, en milagros de madre, en ir ella misma á buscar á la infame que tenía la culpa de aquello, y degollarla, ó traerla arrastrando por los malditos cabellos, allí, al pié de aquella cama, á velar como ella, á llorar como ella, á salvar á su hijo á toda costa, á costa de la fama, de la salvación, de todo, á salvarle ó morir con él... De estas ideas absurdas, que rechazaba después el buen sentido, le quedaba á doña Paula una ira sorda, reconcentrada, y una aspiración vaga á formar un proyecto extraño, una intriga para cazar á la Regenta y hacerla servir para lo que Fermo quisiera... y después matarla ó arrancarle la lengua...

Los primeros días, después de separarse Ana y De Pas, era el Magistral quien preguntaba más á menudo á Teresina, afectando indiferencia, pero sin que su madre le oyera: «¿Ha habido algún recado, alguna carta para mí?» Después, también doña Paula, á solas también, preguntaba á la doncella, con voz gutural, estrangulada: «¿Han traído algún recado... algún papel... para el señorito?»

No, no habían traído nada. La cuaresma había pasado así, había comenzado la semana de Dolores, estaba concluyendo... y nada.

«Debe de ser de ella», pensó doña Paula cuando vió el papel que presentó Teresina. Sintió ira y placer á un tiempo.

El Magistral sentía en los oídos huracanes. Temía caerse. Pero estaba dispuesto á salir. También se juró negarse á leer la carta delante de su madre, aunque ella lo pidiera puesta en cruz. «Aquella carta era de él, de él solo». Llegó el coche. Una carretela vieja, desvencijada, tirada por un caballo negro y otro blanco, ambos desfallecidos de hambre y sucios.

Doña Paula que había acompañado á su hijo hasta el portal, dijo con énfasis al cochero.

—Á casa de don Pompeyo Guimarán... ya sabes...

—Sí, sí...

Dobló el coche la esquina; don Fermín corrió un cristal y gritó:

—Espacio, al paso.

Miró la carta de Ana.

Rompió el sobre con dedos que temblaban y leyó aquellas letras de tinta rosada que saltaban y se confundían enganchadas unas con otras. Adivinó más que descifró los caracteres que se evaporaban ante su vista débil.

«Fermín: necesito ver á Vd.; quiero pedirle perdón y jurarle que soy digna de su cariñoso amparo; Dios ha querido iluminarme otra vez; la Virgen, estoy segura de ello, la Virgen quiere que yo le busque á usted, que le llame. Pensé en ir yo misma á su casa. Pero temo que sea indiscreción. Sin embargo, iré, á pesar de todo, si es verdad que está Vd. enfermo y que no puede salir. ¿Dónde le podré hablar? Estoy segura de que por caridad á lo menos no dejará sin respuesta mi carta. Y si la deja, allá voy. Su mejor amiga, su esclava, según ha jurado y sabrá cumplir.—ANA».

De Pas dejó de sentir sus dolores, no pensó siquiera en esto; miró al cielo, iba á oscurecer. Cogió con

mano febril la blusa azul del cochero que volvió la cabeza.

—¿Qué hay, señorito?

—Á la Plaza Nueva... á la Rinconada...

—Sí, ya sé... pero ¿ahora?

—Sí, ahora mismo, y á escape.

El coche siguió al paso.

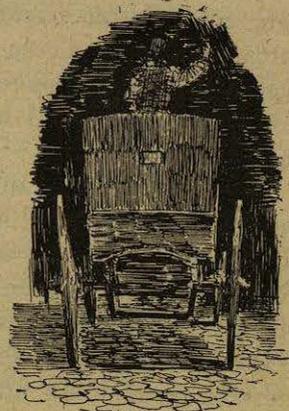
«Si está don Víctor, que no lo quiera Dios, basta con que Ana me mire, con que me vea allí... Si no está... mejor. Entonces hablaré, hablaré...»

Y cansado por tantos esfuerzos y sorpresas, don Fermín dejó caer la cabeza sobre el sobado reps azul del testero y en aquel rincón oscuro del coche, ocultando el rostro en las manos que ardían, lloró como un niño, sin vergüenza de aquellas lágrimas de que él solo sabría.

No estaba don Víctor en casa.

El Magistral estuvo en el caserón de los Ozores desde las siete hasta más de las ocho y media. Cuando salió, el cochero dormía en el pescante. Había encendido los faroles del coche y esperaba, seguro de cobrar caro aquel sueño. Don Fermín entró en casa de don Pompeyo á las nueve menos cuarto. La sala estaba llena de curas y seglares devotos. Todas las hijas de Guimarán salieron al encuentro del Provisor, cuyo rostro relucía con una palidez que parecía sobrenatural. Se hubiera dicho que le rodeaba una auréola.

Tres veces se había mandado aviso á casa del Magistral para que viniera en seguida. Don Pompeyo quería confesar, pero con De Pas y sólo con De Pas: decía que



sólo al Magistral quería decir sus pecados y declarar sus errores; que una voz interior le pedía con fuerza invencible que llamara al Magistral, y sólo al Magistral.

Doña Paula contestaba que su hijo había salido á las siete, en coche, en cuanto había recibido aviso, que había ido derecho á casa de Guimarán. Pero como no llegaba, se repetían los recados. Doña Paula estaba furiosa. ¿Qué era de su hijo? ¿Qué nueva locura era aquella?

Al fin las de Guimarán, en vista de que el Provisor no parecía, llamaron al Arcediano, á don Custodio, al cura de la parroquia, y á otros clérigos que más ó menos trataban al enfermo. Todo inútil. Él quería al Magistral; la voz interior se lo pedía á gritos. Gloucester al lado de aquel lecho de muerte se moría de envidia y estaba verde de ira, aunque sonreía como siempre.

—Pero, señor don Pompeyo, hágase Vd. cargo de que todos somos sacerdotes del Crucificado... y siendo sincera su conversión de Vd...

—Sí señor, sincera; yo nunca he engañado á nadie. Yo quiero reconciliarme con la Iglesia, morir en su seno, si está de Dios que muera...

—Oh, no, eso no...

—Tal creo yo; pero de todas suertes... quiero volver al redil... de mis mayores... pero ha de ser con ayuda del señor don Fermín; tengo motivos poderosos para exigir esto, son voces de mi conciencia...

—Oh, muy respetable... muy respetable... Pero si ese señor Magistral no parece...

—Si no parece, cuando el peligro sea mayor, confesaré con cualquiera de Vds. Entre tanto quiero esperarle. Estoy decidido á esperar.

El cura de la parroquia no consiguió más que el Arcediano. De don Custodio no hay que hablar. Todos aquellos señores sacerdotes «estaban allí en ridículo,»

según opinión de Gloucester. La verdad era que un color se les iba y otro se les venía.

—¿Será esto un complot?—dijo Mourelo al oído de don Custodio.

Después de tanto hacerse esperar, llegó el Magistral.

Las hijas de Guimarán le llevaron en triunfo junto á su padre.

De Pas parecía un santo bajado del cielo; una alegría de arcángel satisfecho brillaba en su rostro hermoso, fuerte, en que había reflejos de una juventud de aldeano robusto y fino de facciones; era la juventud de la pasión, rozagante en aquel momento. Mientras Guimarán estrechaba la mano enguantada del Provisor, éste, sin poder traer su pensamiento á la realidad presente, seguía saboreando la escena de dulcísima reconciliación en que acababa de representar papel tan importante. «¡Ana era suya otra vez, su esclava! ella lo había dicho de rodillas, llorando... ¡Y aquel proyecto, aquel irrevocable propósito de hacer ver á toda Vetusta en ocasión solemne que la Regenta era sierva de su confesor, que creía en él con fe ciega!...» Al recordar esto, con todos los pormenores de la gran prueba ofrecida por Ana, don Fermín sintió que le temblaban las piernas; era el desfallecimiento de aquel deleite que él llamaba moral, pero que le llegaba á los huesos en forma de soplo caliente. Pidió una silla. Se sentó al lado del enfermo y por primera vez vió lo que tenía delante; un rostro pálido, avellanado, todo huesos y pellejo que parecía pergamino claro. Los ojos de Guimarán tenían una humedad reluciente, estaban muy abiertos, miraban á los abismos de ideas en que se perdía aquel cerebro enfermo, y parecían dos ventanas á que se asomaba el asombro mudo.

Quedaron solos el enfermo y el confesor.

De Pas se acordó de su madre, de los Jesuitas, de Barinaga, de Gloucester, de Mesía, de Foja, del obispo,

y aunque con repugnancia se decidió á sacar todo el partido posible de aquella conversión que se le venía á las manos. En un solo día ¡cuánta felicidad! Ana y la influencia que se habían separado de él volvían á un tiempo; Ana más humilde que nunca, la influencia con cierto carácter sobrenatural. Sí, él estaba seguro de ello, conocía á los vetustenses; un entierro les había hecho despreciar á su tirano, otro entierro les haría arrodillarse á sus piés, fanatizados unos, asustados por lo menos los demás. Mientras hablaba con don Pompeyo de la religión, de sus dulzuras, de la necesidad de una Iglesia que se funde en revelaciones positivas, el Magistral preparaba todo un plan para sacar provecho de su victoria... Ya que aquel tontiloco se le metía entre los dedos, no sería en vano. Los otros tontos, los que creían que Guimarán era ateo de puro malvado y de puro sabio, mirarían aquella conquista como cosa muy seria, como una ganancia de incalculable valor para la Iglesia.

«¡El ateo! Aunque todos le tenían por inofensivo, creían los más en su maldad ingénita y en una misteriosa superioridad diabólica. Y aquel diablo, aquel malhechor se arrojaba á los piés del señor espiritual de Vetusta... Oh! qué gran efecto teatral!... No, no sería él bobo, su madre tenía razón, había que sacar provecho... Y después, aquello no era más que una preparación para otro triunfo más importante; ¿no se había dicho que hasta la Regenta le abandonaba? Pues ya se vería lo que iba á hacer la Regenta...» Don Fermín se ahogaba de placer, de orgullo; se le atragantaban las pasiones mientras don Pompeyo tosía, y entre esputo y esputo de flema decía con voz débil:

—Puede V. creer... señor Magistral... que ha sido un milagro esto... sí, un milagro... He visto coros de ángeles, he pensado en el Niño Dios... metidito en su cuna... en el portal de Belem... y he sentido una ter-

nura... así... como paternal... qué sé yo!... Eso es sublime, don Fermín... sublime... Dios en una cuna... y yo ciego!... que negaba!... pero dice Vd. bien... Yo me he pasado la vida pensando en Dios, hablando de Él... sólo que al revés... todo lo entendía al revés...

Y continuaba su discurso incoherente, interrumpido por toses y por sollozos.

Después el Magistral le hizo callar y escucharle.

Habló mucho y bien don Fermín. Era necesario para obtener el perdón de Dios que don Pompeyo, antes de sanar, porque sin duda sanaría—y eso pensaba él también—diese un ejemplo edificante de piedad. Su conversión debía ser solemne, para escarmiento de pícaros y enseñanza saludable de los creyentes tibios.

—Puede Vd. hacer un gran beneficio á la Iglesia, á quien tantos males ha hecho...

—Pues Vd. dirá... don Fermín... yo soy esclavo de su voluntad... Quiero el perdón de Dios y el de Vd... el de Vd. á quien tanto he ofendido haciéndome eco de calumnias... Y crea Vd. que yo no le quería á usted mal, pero como mi propósito era combatir el fanatismo, al clero en general... y además Barinaga sólo así podía ser conquistado... ¡Oh Barinaga! ¡infeliz don Santos! ¿Estará en el infierno, verdad, don Fermín? ¡Infeliz! Y por mi culpa!

—Quién sabe... Los designios de Dios son inescrutables... Y además, puede contarse con su bondad infinita... Quién sabe!... Lo principal es que nosotros demos ahora un notable ejemplo de piedad acendrada... Esta lección puede traer muchas conversiones detrás de sí. ¡Ah, don Pompeyo, no sabe Vd. cuánto puede ganar la Religión con lo que Vd. ha hecho y piensa hacer...

Á la mañana siguiente toda Vetusta edificada se